

## NACIONALISMO BURGUES Y NACIONALISMO REVOLUCIONARIO

Alonso AGUILAR M.\*

El nacionalismo es un viejo fenómeno social, de cuyos orígenes y desenvolvimiento no podríamos ocuparnos en estas líneas. Baste decir que con el desarrollo del capitalismo y, sobre todo, del imperialismo, se afirma como nunca antes, aunque a partir del triunfo de la primera revolución socialista cambia profundamente su sentido y empieza a combinarse con formas de cooperación internacional hasta entonces desconocidas e inviables.

La consolidación del capitalismo inglés, especialmente en la segunda mitad del siglo xviii, afirma un nacionalismo que jugará un papel muy importante en la expansión económica de Inglaterra. Algo similar ocurre en otros países, en donde el advenimiento del capitalismo como modo de producción dominante se ve acompañado o precedido de la aparición de estados modernos, que de una u otra manera se identifican con los intereses nacionales. El caso de Francia, en particular desde la revolución de 1789 hasta la de 1848, es

---

\* Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

un buen ejemplo de cómo el desenvolvimiento del capitalismo des cansa y a la vez refuerza el nacionalismo; y aunque el fenómeno reviste formas diferentes en otros países, el desarrollo de Alemania e Italia después de la unificación nacional realizada en la segunda mitad del siglo XIX, el de Japón en la etapa que se inicia con la restauración Meiji y la experiencia norteamericana que arranca de la expansión territorial anterior a la Guerra de Secesión y de ésta al nacimiento del imperialismo, confirman lo antes dicho.

El alcance y la proyección de las reivindicaciones nacionales cambian de una etapa histórica a otra, y lo que en un principio es una demanda avanzada y a menudo democrática, que expresa los intereses de una clase social en ascenso que toma el poder para implantar un nuevo régimen, más tarde, y concretamente al abrirse la fase monopolista deviene un nacionalismo que, bajo la influencia de la ley del desarrollo desigual y en el marco de la creciente internacionalización de la producción y el capital, da lugar a una política cerrada, opresiva, propiamente imperialista, y a la que más que afirmar la independencia propia interesa reforzar la dependencia de otras naciones.

El nacionalismo latinoamericano, aunque condicionado por el desarrollo del capitalismo a escala mundial, se desenvuelve bajo la influencia más estrecha de la política que, a lo largo de varios siglos, España y Portugal y después Inglaterra y los Estados Unidos, adoptan para obtener y preservar su hegemonía. Y si bien empieza a cobrar impulso desde las postrimerías de la colonia, es con la independencia política, y principalmente en los movimientos que —coincidiendo con la instauración definitiva del capitalismo y el nacimiento del imperialismo— se producen hacia fines del siglo XIX y principios del XX, cuando adquiere algunos de los rasgos que lo caracterizan en los últimos decenios. El propósito de afirmación nacional se deja sentir en la lucha que encabeza Balmaceda en Chile, en la reorganización institucional y el movimiento modernizador que desde principios del siglo se abre paso en Argentina y Uruguay, en la Revolución Mexicana de 1910-20, en el *aprimo* peruano, en el movimiento brasileño de 30, en la lucha antimperialista de los países centroamericanos y del Caribe y en casi todas aquéllas en que se expresa el anhelo popular de liberación.

En México, el nacionalismo se exhibe de múltiples maneras a lo largo de toda su historia moderna. Aflora en la guerra de independencia contra España, en el repudio a la agresión norteamericana que costó al país la mitad de su territorio, en el rechazo de la invasión francesa, en el espíritu antiyanqui de los precursores de la Re-

volución, en la llamada Doctrina Carranza y la denuncia de la intervención militar de los Estados Unidos en 1914 y 1916, en el propósito de rescatar los recursos naturales y en el enfrentamiento a los consorcios petroleros que culmina con la expropiación y la nacionalización de 1938-39. Y, en el México posterior a la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo adopta las más variadas formas, que fundamentalmente expresan los cambios que el fenómeno sufre a consecuencia del desarrollo capitalista, de las contradicciones inherentes a tal proceso y de la creciente polarización social que a su vez acentúa el antagonismo de clases.

La causa nacionalista tiene, sin duda, no sólo clara presencia sino innegable prestigio entre los mexicanos. Salvo personas enajenadas y totalmente entregadas a los intereses extranjeros, todos nos sentimos más o menos nacionalistas. Desde las posiciones más encontradas se exaltan valores y tradiciones nacionales, y aun empresarios de aquellos que incluso han hecho sus fortunas al servicio del capital monopolista norteamericano, ostentan un nacionalismo retórico y alienan un folklorismo superficial y a menudo «charro» y de mal gusto, con el que pretenden comprobar su adhesión a la cultura «nacional». El estado, por su parte, pese a que cada día es más un estado burgués empeñado en preservar y reproducir las relaciones capitalistas de explotación, no conforme con subrayar su nacionalismo, asegura en todos los tonos que se trata de un nacionalismo genuinamente «revolucionario».

Sería imposible reproducir aquí siquiera los principales argumentos que se esgrimen en torno a ese «nacionalismo revolucionario». A fuer de ser objetivos, sin embargo, prescindiendo de consideraciones secundarias podríamos decir que el argumento central consiste en que la Revolución Mexicana consagró, en la Constitución de 1917, un tipo de sociedad, de régimen económico y de organización política en que los intereses nacionales deberían prevalecer sobre los de cualquier otra entidad, institución o clase social. Según tal explicación, la Revolución hizo posible un nuevo estado, un estado propiamente revolucionario y sólo comprometido con las mayorías populares, que sin caer en el capitalismo «tecnocrático» ni en un socialismo «burocrático» y «totalitario», ha mantenido el equilibrio y combinado armoniosamente las libertades individuales y la justicia social.<sup>1</sup> Según

<sup>1</sup> «Con aguda visión ha señalado el Presidente Echeverría —se dice al respecto en una revista oficial— que «se debaten ideas, tendencias ideológicas e intereses entre el mundo capitalista y el socialista. Lo fácil es entregarse a cualquiera de las dos tendencias sin profundizar en todas las implicaciones y consecuencias, porque con una gran propaganda una y otra corriente buscan

los propios voceros oficiales esos principios forjaron una ideología revolucionaria.<sup>2</sup>

Y aun sectores sindicales que sin duda han ejercido cierta influencia en el movimiento obrero y que critican algunos aspectos de la política oficial seguida entre los años cuarenta y el gobierno de Díaz Ordaz, postulan la necesidad de volver a la doctrina nacionalista y a la estrategia del desarrollo de la Revolución, pues ésta se proyectaba hacia "un orden social en el que no tenían ya cabida ni la estructura ni la superestructura típicas del capitalismo..." y en que "el Estado... no podía ser la instrumentación superestructural de intereses de clase históricamente inoperantes, sino de un interés nacional."<sup>3</sup>

\* \* \*

Sería fácil demostrar que la pretensión de la burguesía mexicana de hacerse pasar como depositaria y única heredera del ideario nacionalista de la Revolución, aparte de basarse en una concepción mecánica y lineal del proceso histórico, es además demagógica y apologética, pues por un lado tiende a engañar a las masas y por el otro —a partir de una supuesta identidad entre los viejos revolucionarios de ayer y los prósperos funcionarios y hombres de negocios de hoy— a reforzar posiciones que ni son ni fueron alguna vez revolucionarias.

el predominio a través de los grandes países capitalistas y socialistas". "Nuestro Nacionalismo Revolucionario", *Pensamiento Político*, no. 72, vol. XVIII. México, abril de 1975, p. 440.

<sup>2</sup> "Esta ideología, es desde luego, revolucionaria, no sólo porque se forjó en el discurso de alzamiento de las masas, sino, además, porque se mantiene abierta como instrumento para continuar transformando la estructura social en beneficio de las propias clases populares. Es nacionalista, porque... aboga por el fortalecimiento de nuestra identidad y por la participación igualitaria en el concierto de las naciones.

"Es también una ideología democrática en tanto que consagra la participación general en las decisiones que orientan el curso social y porque preserva las libertades del hombre..."

"Nuestra revolución dio forma a un Estado obligado a organizar a la Nación para producir riqueza y distribuirla equitativamente, pero asimismo obligado a respetar la libertad..."

"Nuestra revolución condenó la acumulación egoísta, pero auspicia la actividad productiva que se traduzca en beneficios tangibles para la comunidad en su conjunto..." *Ibid.*, pp. 438 a 441.

<sup>3</sup> *Insurgencia obrera y nacionalismo revolucionario*, selección de textos de la revista *Solidaridad*. México, 1973, pp. 44 y 45. En otro pasaje se reitera la tesis de que "...la Revolución... clausuró para siempre en México la vía de desarrollo capitalista..." (p. 55) de una economía hasta entonces «atrásada» y «feudal», p. 45.

Mas aun suponiendo, sin conceder, que la burguesía pudiera legitimar los títulos que ostenta, no sería difícil probar que su nacionalismo no es revolucionario sino, precisamente, burgués.

Salvo en algunas de las proclamas de los grupos más radicales —como el magonismo y el zapatismo— que por lo demás nunca llegaron al poder sino que incluso fueron aplastados por la constelación de fuerzas triunfantes, el programa de reformas de la Revolución Mexicana no cuestionó ni menos aún puso en peligro las relaciones de producción fundamentales en que descansa el sistema. El principio de la propiedad originaria de tierras y aguas y la reserva de dominio de los recursos minerales del subsuelo, en favor de la Nación; la posibilidad de imponer ciertas limitaciones a la propiedad privada y el reconocimiento constitucional de nuevos derechos para los obreros y los campesinos, lejos de atentar contra el capitalismo —al que los principales ideólogos querían solamente «humanizar»—, pusieron en relieve, como los hechos habrían de corroborarlo, la necesidad de impulsar su desarrollo y, en particular, de reforzar el capitalismo de estado. Y aunque ciertas posturas nacionalistas de los gobiernos posteriores a la Revolución concitaron a menudo la abierta hostilidad de los capitalistas extranjeros, a la postre desenlazaron en nuevos patrones de dependencia que, más que excluir a los monopolios internacionales, los fortalecieron y les abrieron —como sucedería especialmente con la política industrial— nuevos y más atractivos campos de acción.

Ideólogos burgueses y pequeñoburgueses han sostenido muchas veces que la Revolución hizo surgir un orden social y un Estado históricamente nuevos, y que éste último, desprovisto de un contenido de clase y apoyado fundamentalmente en las masas, cumpliría la delicada misión de mantener la armonía social y arbitrar los conflictos que pudieran afectar a los «factores de la producción».

De la posición que se adopte respecto a tales cuestiones y especialmente sobre el rol de la clase dominante en la Revolución y el carácter del estado que de ella emerge depende, en gran medida, lo que se piense sobre el actual nacionalismo de la burguesía. Y sin que esto implique, en modo alguno, restar importancia a la Revolución, si bien es innegable que ésta impulsó el desarrollo capitalista, también lo es que no destruyó una sociedad hasta entonces «feudal»; no implantó un nuevo modo de producción pues el capitalismo era ya el dominante en 1910; no derrocó a la burguesía, en su conjunto, como clase detentadora de la riqueza y el poder, sino a una fracción de ella, que en parte sería reintegrada a la estructura de poder y en parte sustituida por otras más pujantes; no creó una economía «mix-

ta» armoniosa y justa sino que impulsó un capitalismo de estado que era y sigue siendo necesario para sortear ciertas contradicciones, a la vez que para reproducir las relaciones de producción y hacer crecer las fuerzas productivas; y, en fin, no hizo surgir —como pretende la mitología oficial— un nuevo estado no burgués, representativo del pueblo y de la Nación en su totalidad.

Aun cuando en la propia izquierda llegó a pensarse, en ciertos momentos, que la Revolución consolidaría y llevaría al poder a una burguesía nacional, o sea políticamente capaz de dirigir un proceso que hiciera de México un país avanzado y económicamente independiente, lo cierto es que, a diferencia de lo acontecido en otras naciones y otras épocas la burguesía mexicana fue incapaz, incluso cuando la revolución democrático-burguesa logró su mayor impulso, de abrir el cauce de ese desarrollo. Y no porque no hubiese en su seno —principalmente en los estratos medios e inferiores— elementos nacionalistas y aun antimperialistas susceptibles de ser ganados a una causa genuinamente nacional, sino porque, siendo ella misma una clase dominada que no podría liberarse y menos aún liberar al país del imperialismo, y pesando cada vez más, económica y políticamente, una oligarquía monopolista ligada al capital del exterior y siempre dispuesta a renegociar su subordinación, su estrategia tampoco podía ser la de un desarrollo independiente. En plena época de transición al socialismo, la clase en el poder se interesaría más en destruir cualquier brote revolucionario y en cerrar el paso al «peligro comunista», que en liquidar las supervivencias precapitalistas y remover los obstáculos al desarrollo impuestos por el imperialismo. En rigor siempre acepta las nuevas formas de dependencia que le resultaron más ventajosas, y cuando enarbola la bandera de la independencia, antes que romper con los poderosos intereses extranjeros lo que busca es ganar a su causa, conquistar la simpatía y el apoyo de sectores pequeñoburgueses y populares nacionalistas. Mas apenas se agudiza la lucha y la acción de las masas amenaza sus intereses, la clase en el poder tira por la borda su nacionalismo y no vacila en recurrir a la violencia y aun en apoyarse en el capital extranjero para evitar que los trabajadores se liberen de la ideología dominante y, eventualmente, del poder burgués.

La historia del capitalismo y el curso que, en su marco, sigue la Revolución, son pues los hechos que mejor explican el alcance del nacionalismo burgués mexicano. Al llamarlo así no intento negarle significación ni calificarlo peyorativamente. Pesé a sus graves limitaciones, sobre todo hasta los años treinta y aún los cuarenta, tuvo

importancia como factor de impulso del desarrollo capitalista. Si subrayo que es burgués, es porque sólo así podremos comprender su naturaleza y su proyección.

El desarrollo capitalista en la última fase del imperialismo o sea bajo el capitalismo monopolista de estado, afirma por una parte la dependencia de la burguesía y sobre todo de la oligarquía, y por la otra el anhelo popular de independencia, lo que sin duda acentúa las contradicciones entre las grandes masas y en general la nación toda con los monopolios especialmente extranjeros. Pero el alcance de esta contradicción rebasa el estrecho marco dentro del cual se mueve el nacionalismo burgués. En efecto, lo característico de éste es lo siguiente:

- Pretende que el motor de la historia no es la lucha de clases y el desplazamiento de unas formaciones sociales por otras más avanzadas, sino la conciliación entre aquéllas, y la estabilidad;
- concibe al capitalismo como un régimen históricamente avanzado —y a veces aun como algo eterno—, sin reparar en que uno fue el capitalismo que destruyó la sociedad feudal y otro, muy diferente, el que ahora se empeña en impedir el avance del socialismo;
- supone a la burguesía doméstica capaz de hacer lo que no pudo en el pasado ni podrá lograr en el futuro;
- identifica habilidosamente los intereses de esa clase con los de la nación en su conjunto;
- divorcia, arbitraria y artificialmente al estado de ella, para convencer a los trabajadores de que se trata de un estado no burgués;
- considera antinacional todo lo que rebase sus intereses, sus concepciones y aún sus prejuicios;
- se vale de conceptos tales como el de economía «mixta», «democracia representativa», «nacionalismo revolucionario», «pluralismo», «desarrollo con justicia», etcétera, para soslayar y aun ocultar el poder burgués y el carácter, quiérase o no capitalista, del sistema en que vivimos;
- exalta lo nacional como superior a otros valores, cayendo a menudo en el chovinismo;
- subordina la vigencia de las libertades públicas a la defensa de la propiedad privada, sobre todo de los más poderosos monopolios;
- convierte al socialismo en un peligroso «imperialismo», para, demagógicamente, legitimar así sus posiciones antisoviéticas y en general contrarias al cambio revolucionario, al amparo de engañosas consignas nacionalistas;

- utiliza tales consignas para fortalecer la ideología burguesa, afianzar su poder y confundir y dividir a los trabajadores;
- considera que la democracia burguesa es la única auténtica y equipara el poder de los trabajadores y el socialismo a un «totalitarismo» despótico;
- postula, contra lo que demuestran los hechos, que la igualdad de las naciones puede lograrse bajo el imperialismo, incluso con el apoyo del capital monopolista extranjero;
- se expresa, cuando no adopta caracteres abierta y aun brutalmente represivos, en un reformismo que demagógicamente se presenta como la única estrategia compatible con el orden y la paz necesarios para impulsar gradualmente el proceso, mientras la vía revolucionaria se rechaza como innecesaria, exótica, subversiva, ajena a la idiosincrasia del pueblo, y que indebidamente subordina a éste a un peligroso internacionalismo proletario que socava y aún vuelve imposible la «unidad nacional».

Inclusive la nacionalización, o sea la apropiación de empresas privadas por el Estado, que en determinadas condiciones puede ser un arma en la lucha contra el imperialismo, no afecta la base en que descansan las relaciones de producción —la explotación de trabajo asalariado— ni el carácter capitalista del Estado. En rigor más bien los afirma y concretamente refuerza al capitalismo monopolista de Estado; ello, sin tomar en cuenta el hecho también revelador de que, a menudo, la decisión de nacionalizar ciertas actividades responde al propósito de fortalecer intereses oligárquicos a través de la compra de empresas que se hallan en condiciones difíciles y aun al borde de la liquidación o la quiebra, o por las que se pagan precios desmedidos que, para la supuesta víctima de la nacionalización, entrañan beneficios que de otro modo sería imposible obtener.<sup>4</sup>

La liberación nacional no puede concebirse, a la manera en que lo hace la burguesía, como una lucha abstracta, al margen y por encima de las clases, y menos todavía como el fruto de la contemporización y el compromiso con ella. Entre la lucha social, concretamente entre el triunfo del proletariado y la independencia nacional no hay una disyuntiva sino una necesaria y clara continuidad. “Los socialistas —decía Lenin— luchan contra todas y cada una de las ma-

<sup>4</sup> “...la nacionalización de las industrias extranjeras, aun cuando queden incluidas en un «sector público», estatal, no es de por sí ni siquiera anticapitalista. Llega a serlo cuando se le utiliza en el camino hacia el socialismo, lo cual ya es otra cosa...” Carlos Rafael Rodríguez en: José Consuegra, *Lenin y la América Latina*. Barranquilla, Colombia, 1970. p. 120.

nifestaciones, burdas o sutiles, de *nacionalismo burgués*. Y una de esas manifestaciones es, precisamente, la consigna de «autonomía nacional cultural» que *une* al proletariado y a la burguesía de *una* nación y *divide* al proletariado de las *distintas* naciones.”<sup>5</sup>

Los mexicanos sabemos bien lo que significan la «unidad nacional» y la «alianza de clases». Durante decenios hemos visto usar tales consignas a la burguesía para consolidar su poder, afirmar sus privilegios, frenar las luchas populares y someter a las masas. Bajo la ilusión pequeñoburguesa de que el capitalismo de estado fortalecería a la burguesía nacional, se enfrentaría resueltamente a los monopolios y llevaría a la independencia económica —sin reparar en que las leyes de la acumulación del capital lo volverían un capitalismo monopolista de estado—, los trabajadores olvidaron que “...la clase obrera debe ser la última en hacer un fetiche del problema nacional, ya que el desarrollo del capitalismo no despierta necesariamente a *todas* las naciones a una vida independiente”.<sup>6</sup> Antes bien —hoy podría asegurarse sin reservas—, las mantiene bajo la más severa dependencia, y lejos de romper la opresión de las grandes potencias las inserta en un mercado mundial y en un sistema social en donde siempre jugarán el papel de economías subdesarrolladas y tributarias. Bajo la influencia del reformismo liberal y del nacionalismo burgués, aun muchos trabajadores son ganados a la ilusión de un capitalismo utópico, libre de los monopolios y del imperialismo, en que todas las naciones, grandes y pequeñas, poderosas y débiles, opresoras y oprimidas, vivan en plano de igualdad y sin interferencias o trabas de ninguna especie. Se olvidan aquí, de nuevo, las enseñanzas revolucionarias y el hecho, advertido desde hace muchos años por Lenin y comprobado plenamente por la historia, de que “En oposición a esta utopía pequeñoburguesa, oportunista, el programa de la socialdemocracia debe postular la división de las naciones en opresoras y oprimidas como esencial, fundamental e inevitable bajo el imperialismo.”<sup>7</sup>

Por no comprender a fondo la significación histórica de la fase imperialista del capitalismo y el nuevo carácter que en ella adopta la dependencia; por no comprender las múltiples formas en que, sin menoscabo de la acción de ciertas leyes generales, asume el desarrollo del sistema en contextos y épocas diferentes; por no comprender que a principios del siglo xx el capitalismo era ya el modo de producción

<sup>5</sup> V. I. LENIN. *Obras Completas*. Tomo XIX, p. 332.

<sup>6</sup> *Ibid.*, tomo XXI, p. 358.

<sup>7</sup> *Ibid.*, tomo XXIII, p. 246.

dominante en nuestro país, y que ni antes ni después de 1910 sería capaz de repetir las hazañas del capitalismo europeo, norteamericano o japonés, el movimiento obrero no pudo escapar hasta ahora a la influencia decisiva de la ideología burguesa y pequeñoburguesa ni entender el verdadero alcance de la Revolución Mexicana, el contenido de clase del estado y la profunda, irreconciliable diferencia entre el nacionalismo burgués y el nacionalismo revolucionario.<sup>8</sup>

Decimos «irreconciliable» porque la diferencia entre una y otra forma de nacionalismo no es menor que la existente entre las clases que las postulan. Mientras el nacionalismo burgués deja la lucha por la independencia en el marco del sistema y en manos de una clase titubeante y comprometida con el capital monopolista, finca su estrategia en el fortalecimiento del estado burgués, y en la preservación de la actual estructura de poder, en el mantenimiento de la explotación del trabajo, en la ilusión de reformar y democratizar al imperialismo y en la búsqueda de un sistema de cooperación internacional en que los explotadores ayuden a los explotados, el nacionalismo revolucionario, convencido de que mientras haya capitalismo monopolista habrá desigualdad, dependencia y subdesarrollo, supone la ruptura con el imperialismo, con las posiciones de la oligarquía doméstica y aun con el nacionalismo burgués. Por eso, precisamente, asocia estrechamente la lucha por la independencia nacional a la conquista del poder por los trabajadores, como condición para destruir el aparato político de dominación, consolidar el poder revolucionario y sustituir la red internacional de dominación de la oligarquía por un internacionalismo realmente democrático y proletario.

Lo que equivale a afirmar que en la fase actual del desarrollo del capitalismo y de su crisis general, sólo los trabajadores, guiados por una teoría, una estrategia y una organización política revolucionarias, podrán, con el apoyo de las capas más amplias del pueblo, llevar la lucha antimperialista a un nivel que no sólo agudice ciertas contra-

<sup>8</sup> Como bien dice Carlos Rafael Rodríguez, "...por no comprender que una parte de los objetivos democrático-burgueses quedaron realizados ya en la América Latina hace muchos años y que el capitalismo llegó a ser en este continente una estructura dominante aun con su contrapartida de retraso y semifeudalidad, no se supo distinguir siempre entre «burguesía» y «burguesía», se promovieron alianzas que no corresponden al modelo leninista y que carecían de su dinámica revolucionaria, se mezclaron los conceptos electorales con los de largo alcance revolucionario y se llegó en diversos países —dentro del gobierno y fuera de él— a posiciones seguidistas en las que no era el proletariado el que «neutralizaba» y «arrastraba», sino el neutralizado y arrastrado." Del texto que aparece en: JOSÉ CONSUEGRA, *op. cit.*, p. 121.

diciones sino que, como condición para asegurar la independencia nacional, las resuelva en la práctica, es decir, en el plano político.

En estos momentos en que el capitalismo atraviesa por una situación especialmente difícil, posturas nacionalistas que parecían ya superadas, reaparecen, se renuevan y aun suelen dar la impresión de un vigor inusitado. Ello se explica debido a que la crisis cíclica se produce en el marco de una crisis general y en una etapa del desarrollo del sistema —sin exagerar podría decirse de su decadencia— en que sus contradicciones se agudizan hasta provocar fisuras y desacuerdos en el seno de la propia clase en el poder y entre algunas de sus fracciones y el capital monopolista extranjero. Convencidos los dirigentes de algunos estados latinoamericanos de que la crisis agrava los problemas del subdesarrollo y de que el deterioro económico puede originar un creciente descontento político de las masas, sustituyen el viejo desarrollismo por uno nuevo menos ineficaz y que, enarbolando vistosas banderas nacionalistas, ofrece resolver los más complejos problemas y trata de ganar al imperialismo a la aceptación de un «nuevo orden internacional» que impulse el desarrollo y refuerce la soberanía de los países capitalistas atrasados. El proyecto de crear, con fines defensivos, el Sistema Económico Latinoamericano, la convicción de que es menester reorganizar la OEA, la justa reivindicación del Canal de Panamá como parte de un territorio sólo sometido a la soberanía panameña; las débiles, pero reveladoras enmiendas al Pacto de Río de Janeiro de 1947; el levantamiento, aceptado a la postre por el propio imperialismo norteamericano, de las ilegales sanciones mantenidas desde hace años por el Sistema Interamericano; la nacionalización del petróleo venezolano y las generalmente inocuas, aunque también significativas quejas por el comportamiento de las empresas transnacionales, son todos signos de que las relaciones entre la burguesía latinoamericana y el capital monopolista internacional, y especialmente estadounidense, si bien cada vez más estrechas, sobre todo al nivel de la oligarquía, no son, ni mucho menos, relaciones idílicas.

Sería un error ignorar esas y otras contradicciones y no advertir que el nacionalismo burgués es un hecho, un hecho incluso inevitable bajo el capitalismo y, en particular, bajo el imperialismo. Sería desacertado dejar de advertir y en consecuencia de actuar sobre las contradicciones que subyacen a tales desacuerdos, así como restarles significación por el hecho de que la burguesía no sea sincera ni firme en sus demandas o porque sea incapaz de imponerlas por sí sola. Pero al mismo tiempo, en una perspectiva de mayor alcance, o sea propiamente histórica, sería aún más grave exagerar su significación, dejarse atar al reformismo y no entender que la nueva política «nacio-

nalista» es en parte la expresión de la necesidad del imperialismo de renovar su vieja, desprestigiada y ya ineficaz política anticomunista. Si bien sería erróneo negar la autonomía relativa del estado, lo sería mucho más convertirlo, por arte de magia oportunista, en una entidad neutra y aun opuesta a los más poderosos intereses capitalistas, conforme a la inaceptable tesis que inventa un profundo desacuerdo entre una clase dominante, que pese a ser la dueña principal de los medios de producción no ejerce el poder político ni influye decisivamente sobre el estado, y una clase «dirigente» o «gobernante», a su vez inexplicablemente no burguesa, que lo controla y preside la «alianza popular» en que el estado capitalista se apoya.

En países como el nuestro nunca debiera menospreciarse el nacionalismo. No debiera, concretamente, subestimarse la importancia y la genuinidad del sentimiento nacionalista y antimperialista que alienta en amplias capas de la pequeña burguesía susceptibles de ser ganadas a la lucha revolucionaria. Así como la exigencia de ciertas demandas democráticas es necesaria para que importantes núcleos de trabajadores cobren conciencia de sus intereses y sus posibilidades, comprendan las fallas y limitaciones insuperables del sistema y se entreguen a la causa del socialismo, la defensa de ciertas posturas nacionalistas puede también fortalecer el antimperialismo y abrir nuevas y prometedoras perspectivas a la lucha por una transformación social profunda.

Si en los inicios del capitalismo la burguesía pudo identificar sus intereses y propósitos de cambio con los de la Nación, a estas horas sólo la clase obrera y en general los trabajadores pueden hacer tal cosa. Ellos son los únicos capaces de reivindicar y hacer suyos los más auténticos valores nacionales; pero no al amparo de un nacionalismo estrecho, reaccionario y hasta mezquino, que caprichosa y torpemente intente sustraer a nuestro país de la corriente de la Historia, sino de una política abierta y generosa, que concibiendo al mundo como un todo, dialécticamente funda el nacionalismo con un genuino internacionalismo. En este sentido y en tal perspectiva podemos anticipar que, como lo demuestra la Revolución Cubana, la causa del socialismo, lejos de ser extraña a las aspiraciones de liberación nacional de nuestros pueblos, pasará por el antimperialismo y el nacionalismo revolucionario. Pero éstos, a su vez, para ser eficaces, deberán proyectarse hacia el socialismo.